

Miguel Martín Maestro, crítico de cine y juez, en su blog.

“Bruna” (2023, Gonzalo Garcia Pelayo es la primera película que podemos ver de la nueva serie de 10 que se propone filmar Gonzalo a lo largo de este año, mayoritariamente en Argentina, aunque sea la número 2 del proyecto. Volví a verla ayer con un papel al lado donde fui anotando “a favor” y “en contra”, y el listado fue mucho mayor a favor que en contra, así que con eso he de quedarme. Entiendo que Gonzalo hace estos “screening” para valorar la recepción de sus nuevas películas y confirmar si sus impresiones han sido acertadas al concluir los rodajes y los montajes y, seguro, para afrontar las siguientes. Lo primero que llama la atención es su ausencia de provocación, con un riesgo muy controlado. Para los que amamos su cine es una sorpresa, pero es de agradecer un artista en constante evolución o cambio, que no siempre ofrezca lo mismo y que nos saque de nuestra zona de confort, no podemos decir que Gonzalo se acomode en lo que sabe que va a gustar a su público, así que la sorpresa, siéndolo, no es negativa. Lo segundo, muy destacable, altamente sorprendente y excepcional es la actuación de Rocio Lopez Ferreyra espectacular presencia en la película haciendo el papel de Bruna y que, literalmente, llena la pantalla cada vez que aparece, aunque eso fagocite a sus “novios” como los llama Gonzalo; no así cuando aparecen Eva Bianco y Pablo Ragoni, dos actores sobresalientes y contrastados, que cuando comparten escena en sus breves apariciones con el personaje de Bruna se complementan con ella de manera fantástica y aportan, en ese juego de espejos en que se termina convirtiendo la película, aspectos fundamentales para comprender su idea central.

De los 73 minutos de duración Gonzalo dedica casi 15 a la escena de apertura, un largo diálogo-enfrentamiento en plano-contraplano (más plano de Rocío que el contraplano del “primer novio”) donde Bruna representa el desahogo de la mujer despechada y abandonada por un amante que, a las primeras de cambio, desapareció de los problemas. Siendo la escena imprescindible para todo lo que viene después, sobre todo la idea cinematográfica, no me termina de funcionar la acción-

reacción con el carácter de la actriz expuesto posteriormente. Ese “no te necesito para ser yo” entra en contradicción con esos reiterados “pedí perdón, pedí perdón”, “¿para qué viniste, para qué viniste?” como si el choque no se hubiera superado pese a que se verbaliza lo contrario. Pero viendo la película se comprende, toda escena tiene su duplicación aunque no en el mismo espacio ni con los mismos actores, ahí aparece el genio de Gonzalo trasladando a su lenguaje y a sus formas un acercamiento al cine de Hong Sang soo con historias duplicadas no necesariamente simétricas. Aquí encuentro el verdadero valor, importante, de la película, en cómo juega cinematográficamente con el espectador desde la ideación de un mecanismo de ida y vuelta que pone a discutir unas escenas con otras y a los actores consigo mismos. Es verdad que siempre gana Rocío en todo tiempo y lugar, o como poco empatiza cuando intima verbalmente con su vieja profesora Eva Bianco o con el director de su obra teatral inspirada en su vida Pablo Ragoni, pero a fuerza de repetir ideas y conceptos el personaje de Bruna adquiere un poso y un atrevimiento creativo remarcable.

Si la balanza es positiva en su idea y materialización cinematográfica, incluso con un momento soberano de cine como el paseo en solitario de Rocío en el amanecer de Buenos Aires con sus pensamientos trasladados al espectador con los queridos rótulos tan propios de su cine; hay otras partes no tan conseguidas y que, seguro, Gonzalo también apreciará que se le diga. Es habitual en sus últimas películas que encuentre actrices sobresalientes mientras los compañeros masculinos se diluyen y aparecen anodinos e insustanciales por más fuerza que tenga el personaje (si hasta ha conseguido transformar a una actriz porno como Macarena Lewis en una revelación actoral el año pasado). Con “Bruna” pasa lo mismo, es tan apabullante lo que desarrolla en pantalla la actriz que sus compañeros, si son buenos actores, resultan mediocres en el acompañamiento. Y aunque se que Gonzalo terminó maravillado de una escena en la que filmó a un grupo de 15 mujeres en una reunión, personalmente creo que es un error y que rompe toda la tensión alcanzada hasta ese momento; no aporta nada a la historia de Bruna, no funciona como “interludio” ni engarza escenas anteriores ni posteriores y poco importante ha de ser lo que

cuentan cuando Gonzalo, según avanza la escena tapa la voz de las mujeres con la música hasta hacer inaudible lo que éstas dicen, y el tercer punto débil de la película son las escenas compartidas con el “segundo novio”, nula química, nula pasión, nula confidencialidad entre ambos, nula transferencia entre los dos actores. Resumiendo y haciendo una previsión futurista; no es la mejor película que podemos esperar de García Pelayo pero sí es una película con calidad suficiente como para decir que si todo el proyecto fuera de calidad similar no estaríamos ante una cosa menor. El anterior ciclo empezó con “Ainur”, que no me convenció nada de nada y luego llegaron películas superlativas. Esta serie ya empieza mejor que la anterior pese a los desequilibrios de “Bruna”.